

como espía japonés, y más adelante los japoneses lo obligaron a hacerse efectivamente un traidor, amenazándolo de presentarlo como Trotskysta. El temor a la G. P. U. sirvió poderosamente a sus enemigos.

En cuarto lugar, las declaraciones también prueban que muchas personas que han actuado como voceros del Soviet,—Radek, Pyatakov y, sobre todo, Rohm y los otros acusados en menor escala—han sido hipócritas empedernidos; ponderaban el éxito del programa soviético, cuando creían que ya iba a fracasar; celebraban la capacidad del Ejército Soviético cuando estaban convencidos que iba a ser vencido, y aun pedían la muerte de Kamenev y Zinoviev, cuando estaban mezclados en la misma conspiración.

Cabe preguntarse si todos estos hipócritas han sido desenmascarados.

En quinto lugar, las declaraciones prueban que Stalin no ha conseguido ganarse la lealtad de muchos subalternos inmediatos como Radek y Pyatakov, a quienes él quería y estimaba.

En sexto lugar, las declaraciones también prueban que en Rusia el poder efectivo está concentrado en un grupo demasiado pequeño. En un momento dado un juez tan perspicaz como Radek opinaba que todo el Gobierno podía ser derribado por el asesinato simultáneo de cinco hombres. «No tenía la menor duda, dijo, que los atentados se debían dirigir a las personas de Stalin y sus colegas inmediatos, es decir, Kirov, Molotov, Voroshilov y Kaganovitch. Yo sabía perfectamente quiénes dirigían el partido y el Gobierno Soviético».

Esta concentración del poder es una de las principales razones por qué Trotsky llama al actual Gobierno, Bonapartista, y por qué compara a Stalin con Napoleón. Realmente, hay tantas diferencias de carácter y de propósitos entre Stalin y Napoleón que esa comparación sólo se presta para propaganda antisoviética. Pero Napoleón no fué el único dictador colocado en el poder por una gran revolución europea. Antes de él, Cromwell fué un dictador contra voluntad, o en parte contra su voluntad—un hombre concienzudo, taciturno, desconfiado, que hacía lo posible por el bien de Inglaterra y las clases revolucionarias, mientras vivía en continua zozobra de ser asesinado—un hombre de más integridad que genio, a quien Stalin se asemeja tanto que me sorprende que nunca se les haya comparado. Supongo que esto se deberá a que enemigos de Stalin encontrarán la comparación demasiado ventajosa y sus amigos encontrarán que no le hace bastante honor.

En cuanto a Bonapartismo, fué al propio Trotsky a quien le apodaban de Napoleón Rojo, y quien sueña aún en conquistas revolucionarias que fuesen conquistas militares a la vez.

Stalin y Trotsky, en el curso de su largo odio, que se remonta al sitio de Tsaritsyn y la guerra civil de Ucrania (1919-20) cada uno ha sacado a relucir las condiciones menos dignas de alabanza del otro. La brusquedad de Stalin puso en evidencia la suficiencia de Trotsky. Las maniobras políticas de Stalin, acarrearón las conspiraciones de Trotsky; éstas, a su vez, una política más coercitiva de parte de Stalin y más represión

engendra nuevos complots, que van siendo cada vez más atolondrados y a la desesperada. Si se tratase solamente de considerar los rasgos personales, sería fácil hacer un equilibrio entre estos dos hombres, oponiendo la perseverancia de uno al vehemente genio del otro, pero hoy en día es cuestión de guerra y de paz y del mundo en que nuestros hijos van a vivir. Stalin con todas sus faltas y todas sus virtudes representa la revolución comunista. Trotsky ha llegado a encarnar la «segunda revolución» que está tratando de debilitar a la otra a los ojos de los poderes fascistas.

*

Y hay que sacar de la relación del proceso una conclusión sobre Trotsky. Se le considera generalmente como un gran líder traicionado por la debilidad de sus partidarios y él ha contribuido a diseminar esa idea. Pero la verdad parece ser que los opositores han sido muy numerosos en la Unión Soviética, de grandes dotes intelectuales y con frecuencia muy adeptos a Trotsky. En ciertos períodos la razón ha estado con ellos. No hay duda, por ejemplo, que los campesinos rusos fueron colectivizados con demasiada precipitación y que Stalin mismo debiera haberse hecho responsable de esto en vez de culpar a sus subordinados. No hay duda, si echamos una mirada retrospectiva, que el ritmo del Plan Quinquenal era demasiado rápido, y que se habría logrado la misma realización a menos costo si se hubiese hecho más despacio. «Se cometieron errores», admiten los comunistas, pero lo admiten con demasiada ligereza; demasiados errores que causaron sufrimientos humanos, y que fueron la base real y positiva de la oposición. Pero Trotsky ayudó a desvanecer esa fuerza transformando el conflicto de políticas en un conflicto de personalidades. Su odio a Stalin lo impulsó a ir demasiado ligero para aquéllos que habían aceptado su dirección; los arrastró a conspiraciones y asesinatos, a actos de sabotaje; los separó de las masas. El ego-centrismo de Trotsky y su falta de lealtades personales le hizo renegar de los Trotskystas rusos en cuanto fueron descubiertos y arrestados. «El hombre por el cual hicimos todo esto», dijo Pyatakov, «no hará otra cosa creo—lo conozco muy bien—que seguir la táctica de desentenderse de lo que hemos hecho juntos con él y

John M. Keith & Co., S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de goma (United States Rubber Co.)

Máquinas de contabilidad MONROE.

Refrigeradoras eléctricas GRUNOW.

Plantas eléctricas portátiles ONAN.

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).

Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).

Equipos KARDEX (Remington Rand International).

Maquinaria en General (James M. Montley, New York), etc., etc.

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente